

# AZORIN, EN MADRID

Por Marino GOMEZ-SANTOS

## I

**M**ARTINEZ Ruiz realiza su primer viaje a Madrid, en el otoño de 1896, en un tren mixto que sale de Valencia a las dos de la tarde. Llega a la estación de Atocha el 25 de noviembre dispuesto a abandonar la carrera de Derecho para satisfacer su vocación literaria.

Tiene veintitrés años y un deseo vehemente de frecuentar las redacciones de los periódicos, los cafés, las tertulias literarias. De éstas la más concurrida es la de Fornos.

El joven, hijo de acomodados propietarios levantinos, renuncia al viático paterno al abandonar la carrera y confía en el fruto de su pluma para vivir en adelante con austeridad.

En la calle del Barquillo encuentra Martínez Ruiz su primer aposento. El cuarto es modestísimo, abuhardillado, pero le satisface que tenga una mesita de pino para escribir.

La primera salida es a la redacción de "El País". Lleva una carta de presentación para Ricardo Fuente, firmada por Luis Bonafoux. Desconocido del público madrileño, Martínez Ruiz no lo es, sin embargo, de periodistas y escritores. Sus folletos, publicados en Valencia —"La crítica literaria en España" y "Moratín"— con el seudónimo de Cándido, así como "Buscapiés" y "Anarquistas literarios", firmados por Ahrimán, se han leído en las redacciones madrileñas.

Martínez Ruiz debuta en "El País", periódico dirigido por Alejandro Lerroux, el 30 de noviembre. Ha colaborado con Ricardo Fuente, redac-







"Frecuentemente nos invitaba a acompañarle al cine a primera hora de la tarde..."

tor jefe, en un artículo sobre el proceso anarquista de Barcelona.

La acogida favorable, el trabajo recio, no son suficiente para mantener una vida modestísima. Durante la tarde, el joven levantino escribe encerrado en su cuarto, una hora tras otra, hasta dar por concluido el artículo. Lo lleva a la Redacción por la noche y allí, sentado en la mesa común, redacta noticias, comentarios, "hincha" telegramas.

El mismo refiere su penuria: "Nadie pudo sospechar, ni en la Redacción ni en parte alguna —no lo delataba mi actitud—, la dura prueba porque pasé unos días. He guardado mucho tiempo —no sé cómo ni cuándo lo perdí— un calendario, un calendario del famoso y perdurable

don Mariano Castillo y Ocsiero, en que había señalado yo los días, para mí harto memorables, en que no tuve más nutrimento que el siguiente: un panecillo por la mañana y otro al anochecer."

Por dos veces, cuando la situación se hace insostenible, Martínez Ruiz abandona Madrid. Recluido en Monóvar piensa con melancolía en la vida de las redacciones y la amistad con los escritores que destacan con nombradía nacional. No puede resignarse al fracaso. "Me embargaba una incertidumbre angustiosa: Ya, definitivamente —decía yo—, no seré nada."

Pero vuelve a Madrid; ahora a una pensión de la calle Jacometrezo, a cuyo patio daban las ventanas

de la imprenta de "El Imparcial". "Desde mi cama —nos dice—, a la madrugada, oía yo el traquetear de la ruidosa rotativa." Muchas noches, también desde su atalaya, ve a Mariano de Cavia inclinado sobre las cuartillas.

Una enorme alegría viene a iluminar, inesperadamente, la vida en sombra de Martínez Ruiz. En "La Saeta", de Barcelona, se publica un "Palique", de Clarín, en el que después de denunciar algunas apreciaciones injustas en las páginas de "Charivari" proclama el talento de su autor: "Martínez Ruiz —dice— es un anarquista literario; sus doctrinas son terribles, pero él es un mozo listo, listo de veras. Entre las pocas cosas que respeta está el castellano: escribe con corrección y facilidad..."

Se ve obligado a cambiar de pupilajes. "Mudar de pensión es mudar de dolor", había afirmado ya Campoamor. De Jacometrezo se trasladada a la calle de la Aduana; después a las de Relatores, Carmen, Ballesta...

Años más tarde recordará el escritor: "En la calle de Relatores —casa vieja, cuartito angostísimo, no podía yo revolverme— escribí parte de "La Voluntad".

En la calle del Carmen, esquina a Salud, en una casa también vieja, pero en un cuarto espacioso que daba frente a la iglesia, escribió Martínez Ruiz una gran parte de su libro "Antonio Azorín".

También mudar de periódico es "mudar de dolor". En 1902 ingresa en la Redacción de "El Globo", donde continúa la lucha con las dificultades económicas que amenazan su permanencia en Madrid. Una y otra vez se retira a Monóvar, donde prepara nuevas ofensivas sobre la corte literaria.

"Y volví definitivamente a Madrid —recuerda—. La angustia de la incertidumbre había terminado. El primer sueldo seguro y de suficiente lo gané en el diario 'España' —Arlabán, 4—, dirigido por don Manuel Troyano. Allí estaba Maetzú —noble y digno—, que después de escribir su artículo comenzaba a pasearse por la sala, enfebrecido por el trabajo, frotándose las manos, masticando, a veces, un pedazo de papel."

El 28 de enero de 1904 José Martínez Ruiz firma por primera vez con el seudónimo de Azorín en la revis-



En la Cuesta de la Vega, se le ha erigido un monumento.



ta "España", al mismo tiempo que crea con sus "Impresiones parlamentarias" un nuevo género periodístico.

Ortega Munilla le incorpora a la Redacción de "El Imparcial". Es el año en que se cumple el III centenario de la publicación del "Quijote" y Azorín se va a los pueblos y a las pequeñas villas de la Mancha. Alquila en Alcázar de San Juan un carro pequeño, conducido por un carretero llamado Miguel, que había trabajado en la confitería La Mahonesa, de Madrid. En la maleta llevaba el escritor una poca ropa, un pequeño revólver que le había regalado Ortega Munilla para el viaje y dos tomos de la guía de España escrita por Ricardo Ford. Aquellas crónicas, recogidas en un volumen con el título de "La ruta de Don Quijote", le hicieron popular; la serie titulada "La Andalucía trágica", cuya publicación fue inesperadamente interrumpida en "El Imparcial", motivaría el que la firma de Azorín apareciese en las páginas de "ABC", recientemente convertido en diario.

"Yo he sido mucho tiempo redactor de mesa de 'ABC' —nos dijo Azorín—. He bajado muchas veces a la platina. Durante muchos años, una noche tras otra, me iba a las cuatro de la madrugada de la Redacción. A esa hora no había tranvías ni podía encontrar coche, y tenía que ir a pie desde 'ABC' hasta la calle del Carmen, donde entonces vivía. Esto en verano y en invierno."

## II

Vive Azorín en Madrid durante casi setenta años; toda su historia literaria se desarrolla aquí. Madrid será el gran escenario de su actuación como escritor y como político.

Cinco veces fue diputado en Cortes; cuatro, en elecciones generales, y una, en elección parcial por Pucherna, en Almería, en 1907; por Puenteareas, en Pontevedra, en 1914; otra vez por Sorbas, en Almería, en 1916; subsecretario de Instrucción Pública, dos veces, de 1917 al 18 y, la segunda, en 1919.

En el Congreso se sentaba con un grupo de amigos conservadores debajo del reloj, cerca de Vázquez de Mella. Hemos oído al propio Azorín que cuando Vázquez de Mella terminaba uno de sus grandes discursos tenía el cuello de la camisa hecho una sopa por el sudor.



Casa de la calle de Zorrilla, 21, donde vivió y murió Azorín.

Fue diputado al mismo tiempo que Galdós. Don Benito se sentaba frente al banco azul, donde estaba Maura, que había sido abogado del novelista. "Como los republicanos pedían votación a cada momento —nos dijo Azorín—, en media hora tenía que levantarse don Benito ocho o diez veces, y él se levantaba, frente a Maura, avergonzado y con la cabeza baja."

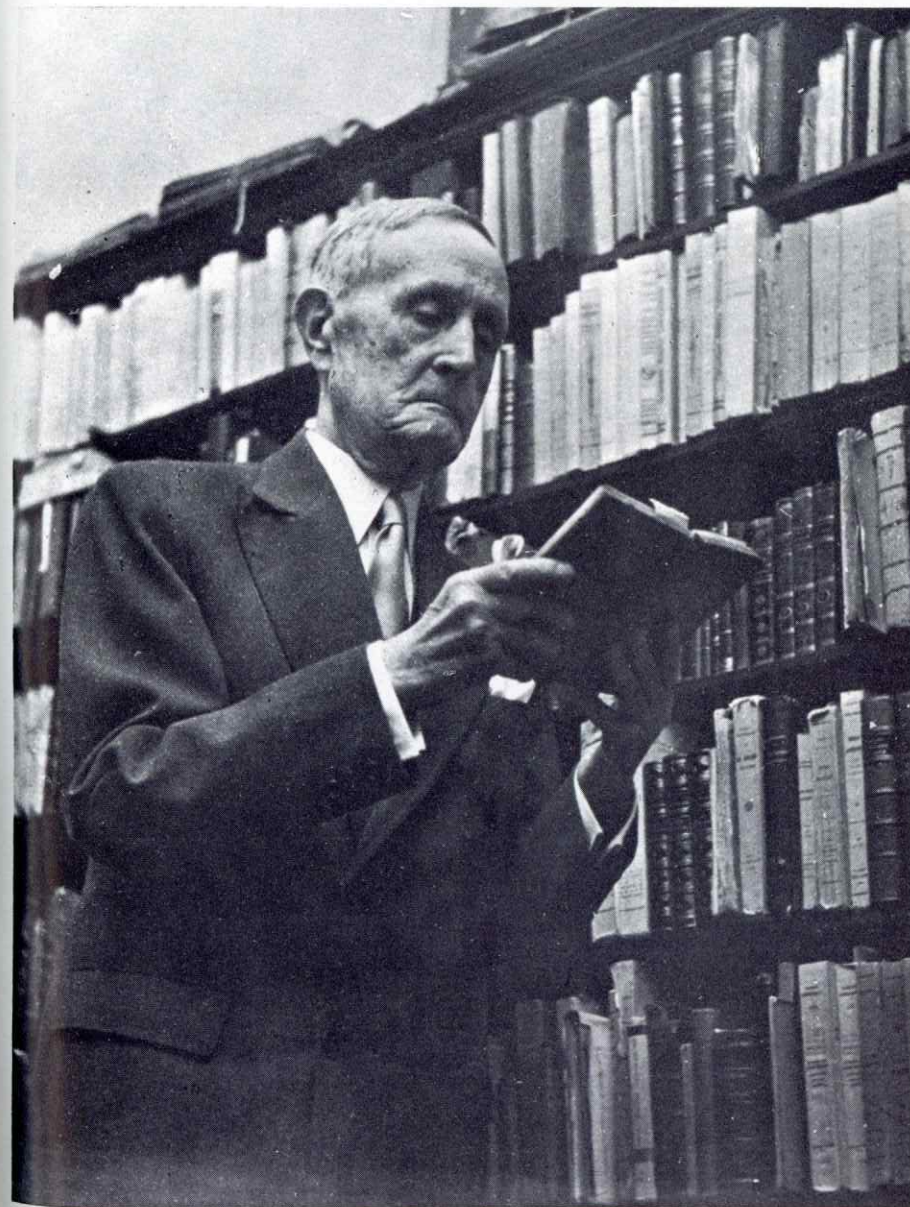
Habló Azorín una sola vez, cuando se discutió el proyecto del Teatro Nacional en el Congreso. Se levantó para hacer unas observaciones y nada más. "Yo he hablado mucho en las campañas teatrales de provincias —nos refirió también—. He hablado mucho en varios teatros cuando se combatían en campañas

intensas los males específicos, la sífilis."

## III

Después de una relación epistolar, que debió comenzar hacia 1949, conocimos al maestro en la primavera de 1952. Frecuentemente nos invitaba a acompañarle al cine a primera hora de la tarde; recordamos sus explicaciones preliminares, sentados ya en la butaca, momentos antes de la proyección de la película. Hablaba Azorín del director, del guionista, de los intérpretes; de un bolsillo del abrigo extraía un cuaderno diminuto en el que había anotado a lápiz nombres y observaciones sobre

"Casi todos los jóvenes realizábamos nuestro debut periodístico con una entrevista al amable, cortés y soso Azorín."



la película. Le acompañamos a los cines Pléyer, Carretas, Gong, Infantas y Benavente.

"El cine ha creado tal ambiente en todo —copiamos nosotros de un cuaderno al que habíamos trasladado algunas conversaciones con Azorín— que es difícil para un artista sustraerse a él. El cine concluye con el avión y con la radio; pero fundamentalmente, en mi caso, hay un motivo metafísico, y es la noción del tiempo. El cine es una sensación vertiginosa de imágenes. ¿Cuál es el tiempo de la novela y cuál el tiempo del cine? ¿Y qué es la eternidad ante la novela y ante el cine? Cosas distintas, sin duda."

El Azorín de la década de los cincuenta era ya el enjuto y atildado Azorín a quien Cela había realizado una entrevista intencionadamente monocorde, en la que las respuestas eran "sí" y nada más. Casi todos los jóvenes de entonces realizábamos nuestro debut periodístico con una entrevista al amable, cortés y soso Azorín.

En aquel tiempo aún trabajaba el maestro por la noche. Dos veces se levantaba para escribir en la vieja máquina Underwood. Una, a las tres de la madrugada, y otra, a las ocho. Famosa era ya como anécdota su visita al diario "Arriba" Visitó Azorín los talleres, el archivo, la Redacción. Eran las dos de la madrugada. El director quiso obsequiarle. "¿Qué tomaría usted, maestro?" Azorín respondió concretamente: "Gracias, ya he desayunado."





Marino Gómez Santos, con Azorín (1952).

Una de aquellas tardes en que regresábamos del cine, Azorín nos invitó a subir a su casa. Sentados en torno a una mesa camilla, en su cuarto de trabajo, comenzaba a referirnos algo cuando le entraron en una bandeja un vaso de agua y un azucarero. "Aguarde un momento, Gómez-Santos, no se vaya usted. Es la hora en que acostumbro a cenar; concluiré en un instante; mi cena es frugal." Disolvió en el agua una cucharada de azúcar y después de beber el contenido del vaso, al tiempo que se llevaba el pañuelo a los labios, prosiguió su relato.

Hablaba Azorín aquella tarde de los usos y costumbres de sus años mozos. Todo el mundo llevaba sombrero de copa, incluso para ir a los toros. "Yo llevé también sombrero de copa, entre otras razones, porque era más barato. El último sombrero de copa que se llevó en Madrid fue hasta hace poco. Lo llevaba el procurador Rey."

Afirmó entonces Azorín que los últimos monóculos fueron los del conde de Azmir, que lo llevaba sin cordón; el de Rafael Morayta, hijo de don Miguel, y el suyo. Entonces nos atrevimos a preguntarle:

—¿Y el paraguas rojo?

—Lo del paraguas rojo que se me ha atribuido es una leyenda. Nunca llevé paraguas rojo. Entonces vestía siempre traje negro y corbata de vueltas, que era una cosa del tiempo romántico lo de la corbata de vueltas.

El 8 de junio de 1963 acudimos a felicitarle.

—Maestro, ¿qué piensa usted hoy al cumplir noventa años? —le preguntamos.

—Que escribir es una cosa muy difícil.

Ya no frecuentaba librerías de viejo; ni los andenes del Metro, donde en otro tiempo había pasado muchas horas observando el ir y venir de los trenes y de los viajeros; tampoco iba al cine.

Desde el balcón de su gabinete de trabajo veía el anciano Azorín el Palacio de las Cortes, donde había pasado tantas tardes de su vida, como periodista y como diputado. No podríamos asegurar que alguna vez apeteciera levantar las cortinas para escudriñar siquiera la actividad administrativa.

Era muy hermético Azorín; cordial, pero siempre distante; sorprendente muchas veces en sus elogios; caracterizado por sus tibios afectos.

Madrid fue generoso con su persona y con su obra; en la Cuesta de la Vega se le ha erigido un monumento. No se conocen aún las causas por las que setenta años de residencia en la capital no le hayan inspirado más que unas pocas líneas alusivas a su aire "vivo y elástico" y a su luz.